

legiado fué, no tuvo hijos; cuando los tuvo, fué cuando se hallaba justamente castigado por Dios con la merecida pena de su pecado. Luego los hijos no tuvieron, ni tenemos otro derecho que á la herencia de Adán en el estado de pecador, pobre, mortal, miserable y desterrado del cielo. Ningun agravio se nos hace en negarnos lo que no se nos debe; y si conseguimos el cielo, es por la gracia de Dios, que se nos da por nuestro Señor Jesucristo. Supongamos que un gran príncipe elige un jóven hermoso para privado suyo, le ennoblece, le da riquezas, le colma de honores y le llena de privilegios y dignidades: supongamos que aquel jóven goza por algunos años de tanta felicidad; pero al fin, ingrato á su bienhechor, se entrega á los desórdenes más feos, mancha su reputacion, arruina la robustez de su cuerpo y envilece su alma: irritado el soberano, le llama, le reprende, le castiga y le destierra de su corte y de su presencia, sin empleos, sin caudales y sin reputacion. Desterrado el miserable, se casa, le nacen muchos hijos, cuéntales con lágrimas inconsolables su antigua felicidad y los desórdenes por que justamente la perdió; pero él los ve débiles y enfermos, porque nacieron de un padre enfermo; los ve pobres, porque nacieron de un pobre; los ve desterrados, porque nacieron de un desterrado: preguntó á los incrédulos; ¿á qué herencia tienen derecho los hijos? Si el rey quisiera, bien podría alzar el destierro, llevar sus hijos á la corte y darles mayores dones y privilegios que tuvo su padre en algun tiempo; pero esto seria una pura gracia, una grande misericordia y un efecto extraordinario de la bondad del soberano; pero exigirlo de justicia; pero quejarse porque el soberano no lo hiciese; ¿con qué razon, señores incrédulos? Que se quejarian, si el rey les mandara sacar los ojos ó atenacear vivos por un pecado que ellos no habian cometido, sinó su padre ántes que ellos existieran, está muy puesto en razon; pero ¿en qué razon cabe, que se persuadan ser una injusticia privarles de lo que ningun derecho tienen á poseer?

Demos, hermanos míos, eterna alabanza, gloria y bendicion á Dios nuestro Señor, que envió á su santa Iglesia el espíritu de verdad que la enseña, la rige y la gobierna. ¡Oh verdad venerable, verdad hermosa, qué amable eres á los que te buscan con recto corazon! Tú experimentas combates de parte de los hombres partidarios del error; pero al fin triunfas de todos. Quien te busca, halla á Dios, que es la verdad; quien te sigue, va en compañía de Dios, que es el camino de la verdad, y quien observa tus preceptos, vive felizmente en Dios, que es la vida de la verdad. A Dios pues, trino en personas y uno en esencia, demos sempiterno honor, culto, bendicion, reverencia y gloria por los siglos de los siglos. Amen.

PECADO ORIGINAL.

(ESTADO DEL HOMBRE ANTES DEL)

II.

Factamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.

Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza.

(GEN. 1. 26.)

Nada hay más digno de nuestra atencion, que nosotros mismos: y al considerar que todo ese universo visible ha sido puesto á nuestro alcance para nuestro provecho; al considerar que este mundo que habitamos ha sido criado en utilidad nuestra, nuestro corazon palpita de entusiasmo y nuestra alma se siente arrebatada á salir de esta cárcel que la aprisiona y á buscar fuera de sí la razon de su ser y de su destinacion. Y en efecto; al reflexionar los prodigios que llevamos dentro de nosotros mismos, sin hacer tal vez la atencion debida á lo que de por sí nos revelan, se ve con la mayor evidencia que nada hay de más admirable que su conjunto, que son una prueba siempre viva y perenne de la sabiduria, del poder, de la bondad de Dios, un monumento en fin continuamente subsistente de su gloria. Nada hay pues tan importante para nosotros, amados míos en el Señor, como conocer bien nuestra naturaleza y estado, pues que este conocimiento nos conduce naturalmente al de nuestro último fin, al de nuestros deberes.

Mas ¿de quién podremos aprenderlo nosotros sinó del mismo que nos ha formado tal como somos, y que solo él ha podido descubrirnos el designio que tuvo al formarnos? De Dios mismo, pues, y de su palabra, esto es, de las sagradas Letras aprenderemos y conoceremos la creacion del hombre, y el feliz estado en que fué criado, así como la desgracia que le cupo en caer por el pecado; á fin de que el conocimiento de la enfermedad nos conduzca al del Médico, al del Remedio; esto es, al conocimiento de Jesucristo y de su gracia: En esto consiste toda la ciencia de la Religion y de la Fe: en conocer dos

hombres; el uno, por el cual hemos sido constituidos esclavos del pecado, y este es ADÁN; el otro, por el cual hemos sido libertados de esta esclavitud, y ese es JESU-CRISTO Nuestro Señor.

Nos limitaremos por hoy á lo que nos enseña la Religión relativamente á la formación del hombre. A. M.

1. Había hecho Dios, por decirlo así, dos mundos diferentes dentro del mismo mundo; uno corporal y visible: á saber, todos los séres materiales, el cielo, la tierra, las plantas, los animales; otro espiritual é invisible, á saber; los Angeles. Mas, segun parece, no había comercio entre estos dos mundos: los Angeles conocian las criaturas y al Criador: estaban destinados á adorarle; pero separados de la materia, parece que los séres corporales no les sirven de uso alguno. Por otra parte, las criaturas corporales tenían mil bellezas, mil perfecciones diferentes; pero incapaces de conocerlas, incapaces de conocerse á sí mismas, y aún más de conocer á su Criador, eran por consecuencia incapaces de tributarle sus homenajes. Hubiera quedado pues imperfecta la naturaleza, si Dios no hubiese criado al hombre para reunir en sí á todos los séres, y reemplazar por su medio los homenajes que las criaturas corporales no podían tributarle.

Crío Dios al hombre con este fin y lo compuso de alma y cuerpo. «Dios, dice la Sagrada Escritura, formó al hombre del barro terrestre, y habiéndolo formado, inspiró en su rostro un soplo de vida, con lo que el hombre quedó hecho sér viviente y animado.» (Gen. ii, 7). Palabras sencillas, pero que, en su sencillez misma, encierran maravillas grandes. «Dios formó al hombre del limo de la tierra;» hé aquí el cuerpo y su origen: «E inspiró en su rostro un soplo de vida;» hé aquí el alma, y su creación. Unió Dios estas dos partes con un vínculo incomprensible, y así es como formó al hombre: *factus est homo in animam viventem*.

No veo yo desde luego en manos de Dios para formar obra tan primorosa sinó un poco de barro, y el nombre mismo de ADÁN, que le dió, señalaba precisamente el polvo de su origen. Pero ¿quién ignora que todo es posible al Todopoderoso, que toda materia es igualmente propia á sus designios, que el que lo ha hecho todo de la nada, puede tambien formar con un poco de barro ó tierra la obra más excelente y perfecta? Consideremos, pues, amados míos en el Señor, al Criador en la formación de esta obra, y veamos en lo que se convierte en sus manos este poco de barro.

¡Cuántos prodigios en esta nueva producción! ¿Cómo ha sido posible formarse de una materia tan sencilla, tan informe, tan grosera

partes tan diferentes, tantos miembros, tantos órganos? Pero ¿qué sabiduría ha podido señalar á todos su fin y uso particular, proporcionando á ello su estructura? ¿Quién ha podido dar tanta consistencia á partes tan delicadas? ¿Quién ha podido distribuir tan sabiamente tantos vasos, repartir los nervios por todo el mecanismo del cuerpo para llevar el movimiento, las venas y arterias para guiar la sangre, poner en el corazón un calor tan vivo y activo que sustenta todo lo demás? ¿Quién ha podido comunicar movimiento á tantos resortes para que éstos lo comuniquen á su vez á todos los miembros? ¿Quién ha podido formar los ojos tan vivos, la lengua tan voluble, las manos tan activas? Vos, ¡oh mi Dios! Vos sois quien lo habeis hecho, y quien solo ha podido hacer tantas maravillas, que son otros tantos milagros de potencia y sabiduría! ¡Cuán grande sois, pues, Señor, y cuán admirable en vuestras obras, mas sobre todo, en la obra maestra de vuestra creación!

Todo esto, sin embargo, no es sinó la parte menor, y lo que tiene el hombre de comun con los animales: todo esto no es aún sinó la mansion que ha de habitar un morador enteramente celestial: «Habiendo Dios acabado de formar al hombre del polvo de la tierra, inspiró en su rostro un soplo de vida, con el cual el hombre quedó viviente y animado.» En esto último consiste propiamente la formación del hombre, y así es como Dios concluyó su obra. Pero ¿cuál es, qué es ese divino soplo de que lo animó? Sácalo Dios, de su mismo fondo para comunicárselo. Parte, por decirlo así, con él su alma, su vida; no porque el hombre haya de ser considerado como una porción de Dios, ni que sea una porción de la naturaleza divina: es sí, una imagen de la divinidad, á quien semeja, pero con suma desigualdad; porque solo pertenece al Verbo Eterno el ser imagen perfecta del Padre, el carácter y expresión de su sustancia, como siendo consustancial é igual en todo. El hombre es, sí, *imagen de Dios*, en cuanto ha recibido de Dios el espíritu, el entendimiento, la voluntad, la libertad, la razon; y en virtud de estas ventajas que no convienen á las demás criaturas, excepto los Angeles, Dios ha impreso, por decirlo así, en nuestra alma su imagen y semejanza. Porque Dios es espíritu; su entendimiento, voluntad y libertad son las perfecciones que mas se dejan brillar en su divina naturaleza.

Pero ¡admirable lazo por medio del cual une Dios en el hombre el alma al cuerpo á pesar de la diferencia y oposicion de su naturaleza! ¡Lazo admirable, por medio del cual estrecha reciprocamente estas dos partes de tal modo, que todas las impresiones de la una se comunican desde luego á la otra, sin que el hombre—en cuyo sér se opera tal

maravilla—pueda comprenderlo ni explicarlo! ¿De qué modo, ó cómo ha sabido aprender la mano, por ejemplo, á obedecer tan instantáneamente á la voluntad? ¿Por qué secreto admirable sucede, que el alma quede avisada con tanta prontitud de cuanto pasa en el cuerpo, y que lo que ocasiona disgusto ó dolor al uno se comunique inmediatamente al otro? ¿Cómo ha podido saber la lengua expresar todos los pensamientos del alma, y el rostro pintar de un modo tan pronto y expresivo todos los movimientos que en ella se efectúan? Solo la Sabiduría de Dios es quien ha hecho todas esas maravillas, y así es como el Todopoderoso formó el primer hombre y la primera mujer, *Adán y Eva*. Pero los mismos milagros que hizo Dios con nuestros primeros padres, ¿no los está renovando en cada uno de nosotros, en la formación de todos los hombres? ¿Somos nosotros, por ventura, ménos obra de sus divinas manos, porque nuestro nacimiento sea más dependiente de causas segundas inmediatas? Si su bendición es la que ha multiplicado el género humano, ¿no es su mano divina quien obra por sí misma los efectos de esa bendición admirable?

Esta Mano adorable es, amados hermanos míos, la que nos ha formado en el seno de nuestras madres: «Habéisme visto Señor, cuando no era yo todavía sinó masa informe,» exclamaba el santo Job (Job. c. xiv). «Vos sois quien ha marcado todos los días de mi crecimiento. Vos sois quien ha animado esta masa informe, uniendo á ella un alma que habeis criado para introducirla en ella.» ¿No es Dios, dice S. Cirilo de Jerusalen, quien prepara el seno de nuestras madres para darnos la vida en él? ¿No es él, quien ha animado nuestros cuerpos cuando han sido formados en aquél? ¿No es Dios, quien los ha construido de huesos y nervios, y revestidoslos de carne y cuero? ¿No es él quien despues de haber formado el niño en el seno de su madre, hace destilar de sus pechos manantiales de leche para alimentarle despues de nacido? ¿No es él, quien hace crecer nuestros cuerpecitos, haciéndonos pasar por la sucesión de diversas edades con cambios imperceptibles? Y todos estos prodigios por ser tan ordinarios, ¿dejan acaso de ser ménos maravillosos? Con esto vendreis en conocimiento, amados hermanos míos, de que somos nosotros obra de Dios, hechura de sus manos; y eso mismo os hará comprender lo que somos.

¿Qué es el hombre? Un compuesto admirable de un cuerpo material y terrestre y de un alma espiritual é inteligente que lo anima, y que le ha sido dada para gobernarlo; de un cuerpo que lo sujeta á la condicion de las criaturas materiales, y de un espíritu que lo hace semejante á los Angeles. Espiritual y corporal á un tiempo mismo, reúne el hombre las perfecciones de todos los séres. Por ahí podreis

comprender la diferencia que se encuentra entre las dos substancias que le componen, por la diferencia misma de los tiempos en que han sido formados, el cuerpo ántes que el alma. Entenderéis tambien que así como el cuerpo ha podido subsistir ántes de ella y sin ella, el alma ha podido subsistir despues de él, y sin él: que ella no perece de modo alguno, ni muere por consiguiente con el cuerpo; y que ni aún puede perecer ni morir, porque siendo como es simple, no encierra principio alguno que la destruya; y que así, cuando el cuerpo que procede de tierra vuelva á la tierra de donde salió, el espíritu vuelve al Señor que lo ha dado.

Pero esto mismo os hará concebir tambien, amados míos en el Señor, la idea que debeis formaros de estas dos partes que os componen, y qué diferencia habeis de poner en la estimación relativa, en el aprecio de uno y otro. ¿Qué es el cuerpo? Un poco de barro.—El mismo polvo que sirvió para formar el cuerpo del primer hombre ha servido igualmente para formar el nuestro. ¿Qué es nuestra alma?—Una substancia desprendida de toda materia, aunque unida á ésta en el hombre; una imágen viva del mismo Dios. ¿Cuánta y cuán importante doctrina se desprende de todo esto! El alma es la que constituye nuestra gloria, la que forma nuestro tesoro: el alma viene de Dios y no ha podido ser criada sinó para Dios; el alma viene del cielo, y para el cielo está hecha. Pero ¡qué confusión para nosotros, si la sumimos en cieno y sangre con inclinaciones brutales, con sollicitaciones y cuidados terrenales! ¿Qué vergüenza para el hombre hecho á imágen de Dios, olvidar su dignidad, degradarse envileciéndose como las bestias inmundas, haciéndoseles semejante por pasiones enteramente carnales!

2. Colocó Dios al hombre en el Paraiso terrestre, inmediatamente despues de haberlo criado. Encántanos la sagrada Escritura con la pintura que nos hace de ese lugar santo y privilegiado. Dícenos que Dios habia plantado por sus mismas divinas manos aquel vergel, para darnos á entender que habia señalado en su formación de una manera inefable su bondad y magnificencia. Y el nombre que él mismo se digna dar al vergel, denota que nada faltaba en aquel venturoso lugar para el goce de todas las delicias imaginables: un manantial fecundísimo formaba allí cuatro brazos ó canales, que al salir del Paraiso terrestre eran grandes rios. Todo cuanto habia hecho Dios en el mundo de admirable, todo cuanto podia contribuir á las delicias del hombre, todo, todo se encontraba milagrosamente reunido en un solo lugar. Reunian allí todas sus ventajas las estaciones: y la de las flores era tambien la de los frutos. El Arbol de vida que Dios mismo

habia plantado en medio del Paraiso, garantizaba de la muerte al hombre con su fruto, y le proporcionaba una inmortalidad de un modo tan absoluto, que solo pendia de él el perderla. Al sujetar así todas las leyes de la naturaleza á los deseos del hombre, hacia ver el Señor nuestro Criador que todo le pertenece, que todo es suyo, y le obedece; y que no tiene limites su liberalidad para con los que le sirven. Los animales, sometidos al hombre, obedecian á su voz y le respetaban en todo como á su señor y dueño.

Todo el empleo y ocupacion del hombre en tan venturoso estado era amar á su Dios, y servirle por amor; bendecir aquella Mano bienhechora que le habia colmado de tantos bienes, y esperar los eternos como recompensa de su fidelidad. El trabajo que Dios le habia prescrito no era sinó un trabajo agradable y delicioso, apto para alimentar su piedad ocupándole de un modo útil, y para levantar su corazon á Dios con la consideracion de las maravillas de la naturaleza. Hasta la prohibicion misma que Dios le habia intimado de no tocar á uno tan solo de entre infinitos árboles, no era sinó un ligero tributo que exigia de su reconocimiento, y que tenia que tributar el hombre con tanto gozo como fidelidad; y Dios habia asignado precisamente á esta fidelidad, tan fácil como placentera, la continuacion de su felicidad, y la dichosa imposibilidad de decaer de ella jamás. Y como si aún no bastara tanto bien para embriagar de dicha al hombre, para llevarla á su colmo por medio de la comunicacion, Dios le dió una compañera en todo semejante á él. En tanto que hubiese vivido el hombre solo, ó que no hubiera tenido por compañía sinó animales desprovistos de inteligencia, no hubiera tenido nadie con quien pudiese conversar de las ventajas de su estado así como de los beneficios de su Criador. Con el fin, pues, de que gozase de una compañía que le fuese adaptada y conveniente, y con la que pudiera nutrir su reconocimiento, le otorgó Dios la mujer.

Adormeció pues el Señor á Adán con un dormir misterioso, muy diferente por cierto del que ahora experimentamos. Nuestro dormir es una flaqueza de la naturaleza; mas el del primer hombre fué una especie de éxtasis que le sobrevino en un arrobamiento de contemplacion. Mientras que Adán dormia, sacó Dios una costilla suya y llenó de carne aquel vacío; de esta costilla formó el Señor el cuerpo de la mujer; y habiendo introducido en él y unídole un alma, la presentó al hombre. Dios quiso sacar la mujer de la substancia del hombre para formar entre Adán y Eva la union más íntima é indisoluble que darse pudiera en nuestra naturaleza, para que la mujer fuera carne de su carne y hueso de sus huesos. Sacó Dios á la mujer

del costado de Adán para denotar la igualdad que ha de reinar entre el hombre y la mujer. Hecho esto, Dios bendijo á Adán y á Eva; y los unió conjuntamente para ser vástagos de una posteridad que hubiera sido deudora de su felicidad á la fidelidad y agradecimiento de sus primeros padres. El estado en que Dios crió á Adán y á Eva fué un estado de santidad é inocencia.

La obra maestra de un Dios tan sabio y tan perfecto, la creacion del hombre, no podia ménos de ser perfectísima al salir de las manos de Dios. Aquella sola expresion de la sagrada Escritura que nos enseña: *Que Dios formó al hombre á su imágen y semejanza*, nos presenta una idea cabal de la mayor perfeccion; y cuanto nos señala en detalle, no nos deja duda alguna de que el hombre fué verdaderamente perfecto. Porque en el libro del Eclesiástico (CAP. VII, 30), nos enseña que Dios habia criado al hombre recto: *Quod fecerit Deus hominem rectum*. Y en la Epístola de S. Pablo á los Romanos (CAP. V, 12), nos dice: Que Dios habia criado al hombre *para no morir jamás*: expresiones que denotan todos los privilegios del primer estado del hombre.

4.ª Aquella sola palabra de *Rectitud*, derechura, justicia, que atribuye á nuestro primer padre la Escritura, nos hace concebir en compendio todas las luces de su espíritu, toda la bondad de su corazon, toda la santidad de un alma en la cual se complacia el Señor en mirarse como en un espejo. Denótanos aquella palabra la justicia original en que fué criado el hombre, y en que consistia su más rico tesoro. Puedo muy bien inferir de esta palabra, con todos los santos Padres y con toda la Iglesia, que no oscurecian su espíritu tinieblas ningunas; que no mancillaban su hermosura ninguna ignorancia ó error dañino; ningun defecto en la razon y juicio; que estaba lleno de todas las luces naturales y sobrenaturales de que era capaz, y que podian convenirle. Si bien es cierto que gozaba de plena y entera libertad para decidirse á obrar como quisiera, tambien lo es que poseia al propio tiempo una voluntad recta é inclinada al bien, sin la menor propension al mal. No toreia sus inclinaciones naturales ninguna concupiscencia, ni pasiones de género ninguno perturbaban la serenidad de su alma, la paz de su corazon: todos sus deseos iban arreglados segun orden, y no experimentaba en su voluntad ninguno de esos combates encontrados, en que el hombre, mandándose á sí mismo, tiene actualmente que resistirse á sí propio: combates que han hecho dar gemidos continuos á los mayores santos, y que les han impedido á desear ardientemente el verse libertados de este cuerpo de muerte.

2.º Estando pues tan ordenado todo en el alma de nuestros primeros padres, no podía de modo alguno hallarse desarreglo en sus cuerpos. Estando tan sometido á Dios el espíritu, la carne lo estaba igualmente al espíritu; y no existiendo todavía en el mundo el pecado, no debía haber lugar para la muerte que solo podía ser reata y débito del pecado. Por esta razon nos enseña la Escritura que Dios habia hecho el hombre para no morir, y que la muerte no ha entrado en el mundo sinó por el pecado. De aquí procede la razon de por qué eran desconocidas en tan dichoso estado las enfermedades é indisposiciones físicas: por qué no podian encontrarse ni estar de acuerdo con el órden que Dios habia establecido primitivamente ni la sed, ni el hambre, ni el frio, ni el calor, ni las demás incomodidades; por qué, en fin, no podia darse en tal estado el desarreglo de la concupiscencia. Y así es que la Sagrada Escritura denota expresamente, que nuestros primeros padres no tenian en sí mismos nada porque tener que avergonzarse (Gen. ii, 23). Sin más vestido ni adorno que su propia inocencia, nada notaban en sí mismos que pudiera causarles empacho ó confusion, nada que tuviese necesidad de ocultarse á la vista, porque la obra de Dios, no desfigurada todavía por el pecado, nada tenia de deshonroso ni que fuese indigno de su Autor.

¿Qué ha sido de tí, oh estado feliz y afortunado? ¿Qué cosa hay más funesta que el pecado, pues que nos ha hecho perder tantos bienes? Por culpa nuestra, amados hermanos míos, por culpa nuestra hemos sido despojados de ellos. Sea, pues, dada bendicion, gloria, y honor á Dios, que tanto bien nos hizo sin merecerlo, y venga sobre nosotros la confusion y vergüenza que tan merecidas tuvimos por el pecado. No viene ni ha venido nuestra pérdida sinó de nosotros mismos, porque Dios no hizo al hombre ni pecador ni desgraciado. Si es desgraciado y pecador, pecado y desgracia son obra suya; y no ha tolerado el Señor esos males en que hemos caido, sinó por cuanto es harto poderoso y bueno para sacar el bien del mismo mal, y sabe hacer resultar los mayores bienes de los mayores pecados. A vos, pues, Señor, toda la gloria: buenos, perfectos, santos nos habiais criado, y podeis reparar con vuestro infinito poder esa vuestra obra que nosotros hemos destruido. ¡No queden frustrados, Señor misericordiosísimo, los designios de vuestra inefable bondad para con nosotros! No os contentéis, piadosísimo Criador nuestro, con otorgarnos aquella primera gracia del hombre inocente, que nos da *el poder de amar y hacerlo bueno*; dadnos, además, la *voluntad misma de hacerlo*, y una *voluntad* constante y perseverante que nos haga quererlo y obrarlo hasta el fin, para que un dia, coronando vuestras

obras, nos hagais dignos de bendecir para siempre jamás vuestros dones en la eternidad bienaventurada de la gloria, que á todos deseo. Amen.

PECADO ORIGINAL.

(HISTORIA DEL)

III.

Per unum hominem peccatum in hunc mundum intravit, et per peccatum mors.

Por un solo hombre entró el pecado en este mundo; y con el pecado entró la muerte.

(ROMAN. v, 12.)

Ved aquí, amados hermanos míos, un espectáculo muy distinto del que os he hecho ver en la precedente instruccion ó conferencia. No se presenta ya á nuestra consideracion el hombre inocente y poseedor de todos los favores de su Dios; no se presenta ya á nuestros ojos el hombre en el feliz estado en que lo habia criado el Señor, en cuyo estado le era tan fácil perseverar: preséntase ya á nuestra vista Adán el desobediente, Adán el pecador, Adán el desventurado. Tenemos que hablar de Adán desgraciado con su Dios por su prevaricacion, confinado del deleitoso vergel en que le constituyera su Criador, y relegado á una tierra ingrata, que se le convierte en el lugar de su destierro, y á donde va á morar con la innumerable familia de sus hijos y descendientes, haciéndolos participantes de la funesta herencia de su pecado y su miseria.

Es pues mi intento hablarlos del pecado de Adán, y de las espantosas consecuencias de este pecado. Pecado cometido por Adán, pero que ha venido á ser nuestro pecado, por cuanto estábamos todos nosotros encerrados, contenidos en él, y que somos nosotros los herederos de su falta y desgracia, como lo hubiéramos sido de su felicidad é inocencia. Consideraremos, pues, el pecado de Adán, en Adán

mismo, y en nosotros: *en Adán*, veremos la grandeza de su culpa y la justicia de su castigo; *en nosotros*, reconoceremos el origen de nuestra miseria y la verdad ó realidad efectiva de nuestro estado. Mas, ora en el Padre, ora en los descendientes, reconoceremos igualmente que si la miseria es una consecuencia del pecado, la gracia del Salvador es el único remedio suyo. Veamos pues lo que nos enseña la revelacion acerca del pecado de Adán respecto de sí mismo. A. M.

1. Al ver á Adán tan colmado de beneficios de parte de su bondadosísimo y larguísimo Criador, ¿quién no hubiera creído le hubiese sido constante y perennemente fiel y agradecido? Al verle tan dichoso, al verle dueño y árbitro Señor de su propia felicidad, ¿quién hubiera pensado jamás, que nada fuese capaz de hacerle salir de estado tan halagüeño, tan sublime y venturoso? que ninguna tentacion fuese capaz de hacerle titubear ó estar vacilante, ni que cerrando sus ojos voluntariamente á todo objeto que le hubiera podido separar de la verdad, y que cerrando sus oídos á cualquiera otra voz que á la de la justicia y á la de su interés bien entendido, no se hubiera constituido inaccesible á toda seduccion, puesto á cubierto de toda caída? Pero, ¡cuán pronto aprendió con funestísima experiencia, que el hombre no es fuerte sinó mientras se halla enteramente sometido á Dios! que Dios es toda su fuerza, que cae y se resbala desde el momento mismo en que se separa de él, y busca su dicha fuera de él! Desobedeció Adán á Dios: he aquí su crimen, su gran crimen. Caer por su desobediencia en el estado más espantoso: ved ahí su castigo, su mayor desgracia.

1.º Estado tan feliz cual lo era el de nuestros primeros Padres suscitó la envidia del príncipe de los envidiosos, Luzbel, el demonio. Este espíritu orgulloso y rebelde, desesperado de su caída y de su desgracia sempiterna, y buscando como vengarse del mismo Dios destruyendo su obra, no pudo aguantar que fuesen Adán y Eva más fieles á Dios en el Paraíso terrestre, que lo habia sido él en el cielo. Esto fué lo que le hizo concebir y poner en práctica el espantoso designio de tenderles lazos para hacerles caer en el pecado. Este funesto designio tuvo desgraciadamente sobrado éxito. *Por su envidia*, dice la sagrada Escritura (SAP. II, 24), entraron en el mundo la muerte y el pecado, y esta es la razon porque dice Jesucristo mismo (JOH. VIII, 44): que Satanás ha sido homicida desde el principio.

Para salir bien con su detestable empresa, escogió á la culebra, ó sierpe (GEN. III), como instrumento el más propio á sus designios.

Parece en efecto que la serpiente, antes de la caída del hombre, tenia algo de halagüeño y amable: era entonces más familiar con el hombre que ninguna otra criatura; no iba á rastra, sinó con la cabeza erguida. Por otra parte, la serpiente cuyo cuerpo tomó el demonio no era de la especie ordinaria, sinó de esa especie de serpientes ó culebras brillantes y aladas que se crian en Arabia y Egipto, que son de un color amarillo y brillante; y cuando al volar dan los rayos del sol en sus alas, su reflejo produce un efecto magnífico. Si la serpiente, pues, cuya figura tomó el demonio, era de esta especie ó de otra más hermosa todavía que no conocíamos, semejante animal era en efecto muy á propósito para su designio. Es además muy verosímil, que cuando los Angeles servian á Adán y á Eva acostumbraban á revestirse de formas semejantes: algunos de ellos tomaban las de Querubines, otros las de Serafines. El demonio pudo pues tomar el cuerpo de una de esas serpientes, y aumentar todavía algun grado más de hermosura bastante superior para que Eva lo creyera uno de los Angeles que tenia costumbre de ver; porque no es probable que fuese tan sencilla y simple para creer que pudiesen hablar los animales; y no es creible que hubiese podido ser engañada, si la serpiente por su hermosura no le hubiera parecido un ministro celestial, del cual no tuvo á primera vista motivo de desconfiar.

No puede ménos de concluirse esto, si se reflexiona en las mañas artificiosas del discurso del seductor. *¿Por qué*, dijo á la mujer (GEN. III), *os ha mandado Dios que no comais del fruto de todos los árboles del Paraíso? A semejantes palabras tan injuriosas á Dios*, pues que contenian una condenacion implicita de la prohibicion divina,—Eva hubo de turbarse sin duda; y se habria turbado en efecto, si hubiese amado todavía á Dios con todo el lleno de su corazon, y si no hubiese perdido ya algo de aquel profundo respeto que debia tener á todas las órdenes del Criador, su Dios y amorosísimo Padre y Señor.—Eva, empero, escucha tranquila y sosegadamente esa pregunta insolente: *¿Por qué os ha mandado Dios no comer del fruto de todos los árboles?* ¡Cómo si le fuere permitido á la criatura pedir á Dios cuenta de sus leyes! Lejos de cerrar sus oídos, conversa la Mujer con el demonio, que desde este mismo instante debió parecerle sospechoso, y entabla con él una conversacion que no podia ménos de serle peligrosa, exponiéndose así á la ocasion de ofender á su Criador y perderse para siempre. «Nos ha permitido el Señor, responde la incauta, comer de los demás frutos del Paraíso; pero respecto del fruto que está en medio de este Jardin, nos ha prohibido comerlo, ni aún tocar al árbol, por temor de que nos expongamos á morir.

¿Quién no repara ya en estas palabras cierta decadencia marcada en la Fe? Lo que les ha asegurado y dicho Dios en términos categóricos, es: MORIRÉIS *si coméis de ese fruto; y eso al punto mismo, en el instante mismo que lo comais*: MORTE MORIRÉIS; y á pesar de lo categórico de estas palabras, Eva lo repite en tono de duda, de una exposición... *Nos lo ha prohibido, dice, de miedo que muramos*. Hace, pues, desde luego agravio á Dios y le injuria dudando, ó al ménos poniendo como en duda la verdad incontrastable de su palabra. «No morireis, no» les replica el demonio: «si Dios os ha prohibido ese fruto, es porque sabe muy bien que apénas lo hayáis comido, se os abrirán los ojos, y seréis como dioses, sabedores de lo bueno y de lo malo.» Palabras impías, que dejaban por embustero al mismo Dios: palabras sacrílegas, péfidas, con que el enemigo de toda verdad se atrevía á acusarle de envidia baja y grosera, al propio tiempo que daba á la criatura esperanzas de que, por medio de su desobediencia, se haría independiente de su Criador, y se constituiría igual á él. Eva, sin embargo, escucha estas palabras del demonio: ahora bien; ¿pudo ella escucharlas con tanta frialdad y descuido, sin hacerse por el mismo hecho cómplice de sus impiedades y blasfemias? Y aún cuando no hubiera pasado á más, ¿no lo hubiera ya sido, por solo este hecho, infinitamente criminal? Pero todo esto no es aún sinó el preludio de su falta y de su desventura.

Mira Eva el fruto; plácele mucho, gústalo, preséntalo á su esposo Adán, y no contenta con haberse rebelado contra su Dios y perdido á sí misma, solicita ó instiga á su marido á cometer la misma infidelidad y rebelión; y presentándole este fruto, trata como de encadenarlo á ella en su propia ruina. ¿Cuál era, en tal caso, la obligación de Adán, que había de ser cabeza y jefe de su mujer; que tenía que responder de ella, pues que Dios mismo se la había fiado: de Adán, decimos, que si había recibido más luz y fortaleza, era para sostenerla ó para levantarla en su caída? ¿De qué celo no debió estar abrasado en aquel momento, sea para sostener los derechos de Dios, sea para corregirla y hacerla mudar de camino? ¿Qué dolor, qué ira justa no debió experimentar y manifestar á Eva por su culpa á todas luces inexcusable? ¿Con qué firmeza en fin no debió reprenderla? Pero ¡funesta complacencia! teme más afligir á su mujer que ofender á Dios. Caído ya de corazon por un orgullo secreto, cae á lo exterior quebrantando él mismo el mandamiento de su Criador: toma el fruto de manos de Eva, y lo come. Olvida á un tiempo la majestad de Dios á quien ofende, y la inmensidad de beneficios que tienen recibidos de él: falta á los sagrados é inviolables empeños que ha

contraído de serle fiel aún á costa de todas las cosas y sacrificios, y muy léjos de levantar á Eva de su caída, cae despues de ella, y con ella en tan fatal culpa.

2. Tal es la historia del pecado de nuestros primeros padres. ¡Pecado de indecible gravedad! desgracia incomparable! segun expresión de S. Agustín (Enchirid. cap. 43): *Ruina ineffabilis, et ineffabiliter grande peccatum*. Pecado que en sí solo abraza y encierra infinidad de otros, y que ha sido, es, y será manantial de todos los que en el mundo se cometen. Pecado, no tan solo de orgullo, sinó del orgullo más insolente, pues por él, no contento el hombre con el grado que Dios le otorgó en la escala de la creacion, ha querido igualarse con Dios. Pecado que encierra el más odioso atentado de la criatura contra su Dios, de cuya dependencia intentó sustraerse. Pecado que supone la traicion é infidelidad más injusta é infundada del súbdito contra su soberano, al paso que incluye una horrible preferencia de Satanás á Dios. Pecado, en fin, de la más criminal curiosidad, de la sensualidad más grosera, de ingratitud extremada en una criatura colmada de tantos y tan señalados beneficios por parte de su Dios. Impío sacrilegio con que el hombre llevó la mano al fruto que debía considerar sagrado, por la prohibicion que Dios le había intimado de no tocarlo. Pecado que fué no solamente un homicidio simple, sinó el mayor homicidio que pudiera darse, porque por este pecado no solamente se ha dado la muerte á sí mismo el primer hombre, sinó que ha hecho extensiva la mortandad á toda la innumerable muchedumbre de hombres que habian de salir de su raza. Pecado que le hubiera exterminado sin remedio con toda ésta, si Dios no hubiera echado sobre él una mirada de compasion y misericordia, y no le hubiera sacado de estado tan lastimero con inefable y bondadosísima Sabiduría.

Sepamos, pues, juzgar la grandeza, y pesar la gravedad de este pecado, comparándolo con la grandeza del Dios ofendido, con la gravedad de la injuria que se le hace, con la inmensidad é incomparabilidad de los beneficios que recibió el hombre con infinita generosidad de la mano del Omnipotente, que solo exigió condiciones facilísimas, y aún daba socorros eficaces para tan facilísima ejecucion; y de este modo no podemos quedar sorprendidos si el Señor, justo y grande, á la par qué bueno y dadivoso, lo ha castigado tan severamente en nuestros primeros padres.

Pero ¡ah! ¿quién es capaz de considerar, ni de calcular las consecuencias tristes y terribles del pecado de Adán, y el espantoso cambio que operó inmediatamente en Adán mismo, y en toda la naturaleza?

Apénas hubieron pecado Adán y Eva, cuando se abrieron fatalmente sus ojos, y reconocieron que estaban desnudos. ¡Desnudez vergonzosa, en que habían caído al despojarse ellos mismos de la justicia original! Avergonzónse de verse así, porque el pecado había desfigurado en ellos la obra de Dios, y buscaron hojas de árboles para cubrir su torpeza. La rebelión de la carne contra el espíritu fué un castigo justo y un monumento deplorable de la rebeldía de su espíritu contra Dios. Todo es ya desórden en el corazón y en el cuerpo de este primer pecador: espesas tinieblas se esparcen en su espíritu; cree poder ocultarse á los ojos de ese mismo Dios que todo lo vé; cree pueden servirle de asilo contra su justo enojo las sombras de los árboles que le cubren. Desordénase su voluntad; toman las pasiones el puesto que ántes llenaban la razón y la justicia: corrómpanse todas las inclinaciones y movimientos que lo arrastran al mal: su libertad, combatida por las pasiones que la atacan furiosamente, no tiene ya la fuerza de resistirse á ellas; y así como había sido condenado á muerte en castigo de su pecado, al cometerlo perdió doble vida; la del alma y la del cuerpo. Perdió la vida del alma perdiendo la justicia y separándose de Dios. Respecto de la vida del cuerpo, tuvo que juzgarse este desde luego como muerto, pues que era inevitable la muerte, y que las enfermedades y flaquezas á que se vió inmediatamente condenado y sujeto, no eran sino el preludio y preparación de aquella: de suerte que la vida no se pudo mirar sino como una muerte prolongada.

En vano trataron nuestros primeros padres de buscar excusas á su pecado, por causa de la ceguera en que este les había sumido: vanamente echa Adán la culpa de su pecado á Eva, y ésta á la serpiente: Dios castiga el pecado en Adán y Eva que lo habían realmente cometido, y en la serpiente que había servido de instrumento. «Por cuanto tú has sido la causa de esto, dice el Señor á la serpiente, maldita serás tú entre todos los animales y bestias de la tierra: irás arrastrando sobre tu vientre, y tierra comerás todos los días de tu vida.» Y á la mujer: «Yo te afligiré con muchos males en tu embarazo; engendrarás y darás á luz tus hijos con dolores, estarás bajo el poder de tu marido, el cual te dominará.» Y en seguida dijo á Adán: «Porque has escuchado la voz de tu mujer, y has comido del fruto del árbol que yo te había mandado no tocar, la tierra te será maldita por lo que has hecho, y no sacarás de ella tu sustento sino á costa de sudor y trabajo: producirá espinas y zarzas: comereis el pan con sudor de vuestra frente, hasta que volváis á la tierra de que habeis sido sacados; porque polvo sois, y en polvo os habeis de convertir.»

Tal fué la sentencia fulminada contra nuestros primeros padres; y no le quedó á Adán otro consuelo que la promesa que Dios le había hecho de un Salvador que nacería de la mujer y que un día quebrantaría la cabeza de la serpiente, es decir, que destruiría el poder del demonio que se había servido de ésta para perder á aquella. Así que se fulminó esta sentencia, Adán fué arrojado vergonzosamente del Paraíso de delicias con la que había sido su cómplice: se vieron privados para siempre jamás no solamente de la vista de lugar tan delicioso, sino del uso del árbol de la vida. Púsose á las puertas del Paraíso un Querubín vibrando una espada de fuego para prohibirles la entrada. Fueron, en fin, desterrados á una tierra extraña, que no sabe llevar ya para el hombre pecador sino abrojos y espinas, y que nada puede producir sino en tanto que se riegue con sudores y lágrimas. Esas penas, esos castigos que nuestros primeros padres se acarrearán por el pecado no se limitaron á esta vida; fueron extensivos hasta más allá del sepulcro, pues que se les entregó también la entrada del cielo. Afrentosamente arrojados del Paraíso, perdieron todos los derechos y pretensiones que tan prodigiosamente habían logrado para alcanzar y disfrutar de la felicidad suprema para que habían sido criados, y no merecieron desde entonces sino la condenación eterna, y el ser precipitados en aquellas espantosas cavernas que se habían preparado ya para Satanás y sus ángeles ó secuaces.

Adán, después de su caída y expulsión del Paraíso terrestre anduvo errante por una y otra parte del mundo con Eva su mujer, llorando y aborreciendo su pecado. Tuvo en seguida muchos hijos é hijas: la Sagrada Escritura solo nombra tres, *Cain, Abel y Seth*: y murió á la edad de novecientos treinta años. Nosotros creemos con razón, que Adán y Eva, habiendo llevado después del pecado una vida santa en medio de los trabajos y penas con que estaban abrumados, y que soportaron con gran sumisión por espíritu de penitencia y expiación, han sido librados de los suplicios eternos por la virtud y méritos de la sangre de Cristo. La Sagrada Escritura nos autoriza á creerlo así; porque en el libro de la Sabiduría (Cap. x, 1 y 2), dice: El que Dios había formado primer hombre para ser padre del mundo, fué sacado de su pecado por la Sabiduría.

Por lo que á nosotros toca, amados hermanos míos, aprendamos en el triste ejemplo de nuestros primeros Padres, que Dios solo es la felicidad del hombre, su vida y dicha perenne: que perecerán cuantos se alejen de Dios, y que no podemos perderle sin perdernos á nosotros mismos. Aprendamos también á no perseverar en el mal á donde nos arrastran nuestras inclinaciones perversas; á fin de que,

si hemos imitado la prevaricación de nuestros primeros padres, imitemos también su penitencia, para preservarnos como ellos de la condenación eterna y alcanzar la felicidad de que ellos gozan eternamente en la gloria. Amen.

PECADO MORTAL.

(MALES QUE CAUSA EL)

I.

Quasi à facie colubri fugit peccata.
Huye del pecado como de la vista de una serpiente.

(ECCLE. XXI, 2.)

¿Quién es capaz en el mundo de conciliar la sinceridad de la fe y el uso perfecto de la razón con la desarreglada conducta del pecador? La fe, la razón y la experiencia le hacen palpar que es inevitable la muerte, y que en toda su vida no hay un solo momento en que no pueda ser sorprendido y devorado por aquella fiera. La fe le enseña, que de ningún modo le será posible evitar una de las dos suertes, que la providencia irresistible de Dios ha decretado para todos los mortales; á saber, las delicias de la gloria ó los tormentos del infierno: le enseña igualmente, que una alma manchada con el pecado mortal jamás podrá entrar en el reino de los cielos, y que, por el contrario, hallándose adornada con la gracia del Señor, no puede caer en los calabozos infernales; que el estado de gracia ó de pecado en que se halle el hombre en el instante último de su vida, decidirá infalible, absoluta é irrevocablemente su suerte para toda la eternidad. La razón le instruye en que todo el tiempo que pueda durar su vida mortal, aunque sea un siglo ó cien millones de siglos, es ménos que un momento indivisible comparado con la eternidad; y que por tanto, el mayor, el único de sus verdaderos intereses es asegurarse para entónces una suerte feliz, aunque sea á costa de sufrir

todas las incomodidades, dolores, privaciones y trabajos; ó lo que es lo mismo, que todo su anhelo debe ser huir del pecado y conservar á toda costa la gracia y la virtud. La experiencia le exhorta á que esté siempre dispuesto, porque la muerte puede asaltarle cuando esté más descuidado, como sucede por lo común á la mayor parte de los hombres.

Esto no obstante, el cristiano se ciega, se deja seducir; apetece, busca su engaño; se expone voluntariamente á los peligros; se arroja, se precipita en el pecado; se empeña en hacer cada día más difícil, sino del todo imposible, su salida de este abismo, con la frecuente repetición de sus caídas.

Admirable es por cierto esta conducta; pero hay otras cosas que llaman más mi admiración. Soy hombre, soy miserable, soy pecador y veo por experiencia propia la suma debilidad de nuestra naturaleza; el poder, la violencia de nuestras pasiones, y la sagacidad, obstinación y perfidia de nuestros enemigos; y no me extraña por tanto, que el hombre, aunque cristiano, se rinda alguna vez y caiga en la culpa. Lo que me llena de confusión, de temor y de desconfianza, es el ver que siéndole tan fácil é interesante, no se apresure á reparar inmediatamente su caída, que tenga la imprudencia de permanecer días, meses, años y acaso toda la vida en un estado tan lamentable. ¿Qué es, pecadores, qué es lo que os mueve á permanecer en el infeliz estado de la culpa?

Voy á decirlo en pocas palabras; el no conocerla: por lo que procuraré haceros conocer en algún modo lo que es el pecado mortal, pues tengo por imposible que conociéndolo, no lo detesteis de todo corazón y lo detesteris para siempre de vosotros. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. No pudiendo el arte ni la naturaleza suministraros colores suficientes para retratar con perfección el horrible y abominable monstruo del pecado mortal, me valdré para daros alguna idea, aunque muy débil, de su monstruosidad, de las tiernas y expresivas lágrimas con que lo lloró el Hombre-Dios. Cuando en la muerte de Lázaro y á vista de Jerusalem lloró este divino Salvador, cuya omnipotencia había demostrado más de una vez, no se propuso otro objeto, que darnos á conocer los estragos que el pecado causa en el alma que tiene la desgracia de cometerlo. No creo poderos presentar una prueba más palpable de la infinita deformidad, de la odiosidad execrable, de los espantosos efectos de este monstruo. Todo un Dios, el Dios poderoso y fuerte, que sufre con una serenidad propia de la

grandeza infinita de su alma los tormentos más crueles y la muerte más horrorosa; este mismo Dios, solo parece dar indicios de alguna debilidad cuando tiene á su vista, no el mismo pecado, sino solo una débil figura, una imágen imperfecta. Pero no debemos extrañarlo, porque con solo presentarse á su imaginacion la idea de este monstruo en el Huerto de las olivas, le abandona el espíritu, le faltan las fuerzas, se rinde, desfallece, cae por tierra y prorrumpe en un general y copiosísimo sudor de sangre, que acabára con su vida, si el cielo compadecido de su cruel situacion no se hubiese dignado confortarle por el ministerio de un ángel. Y el hombre, el débil mortal, el infeliz pecador, léjos de estremecerse ni horrorizarse con su presencia, lo busca con ansia, hace los mayores esfuerzos por familiarizarse con él como con el amigo más íntimo, se sienta con él á la mesa, lo coloca á su lado en el lecho, le dá acogida amistosa en su seno, lo... ¿dónde voy á parar?

Oídme atentos y podreis conocer en algun modo lo que es el pecado. Cuando Jesucristo, avisado de la muerte de Lázaro por Marta y Maria, se presentó en el castillo de Betania, se hallaban las dos hermanas inconsolables, penetrados de dolor los amigos, llenos de compasion los apóstoles; y aún el mismo Jesús, á pesar de su omnipotencia é infinita sabiduria, manifestó con copiosas lágrimas el agudo sentimiento que le causaba la muerte del que habia sido su amigo; pero éste permanece inmóvil, sin llorar, sin afligirse, sin hacer la menor demostracion de sentir su desgracia. Mas ¿cómo, si estaba ya difunto? ¿cómo, si era absolutamente incapaz de conocer su situacion? ¡Imágen funesta, lamentable, pero fidelísimo retrato del pecador! Los mismos efectos que produce la muerte en el cuerpo, produce el pecado en su alma: la despoja enteramente de la vida; de la vida más preciosa, la más noble, la más apreciable, la más gloriosa; la priva de la vida de la gracia, por la que era amigo íntimo, hijo predilecto de Dios, participante de la divina naturaleza, dueño de todos los tesoros de la Omnipotencia y heredero del reino de la inmortalidad. Pero, ¡oh desventura! por la muerte de su alma ha sido despojado de tan inmensos bienes; todos, todos sin excepcion le han sido arrebatados; de todos se ha hecho incapaz, puesto que ha perdido la vida. ¡Pérdida fatal! muerte horrorosa! desgracia digna de llorarse con lágrimas de sangre! No, no es extraño que la lloren los ángeles del cielo en extremo compadecidos: no es extraño que la lloren consternadas las almas justas, y se estremezcan al ver su espantosa figura: no es extraño que la llore el Dios omnipotente que habia dado el ser á su pobre alma.

En medio de todo esto el pecador es el único que nada siente, que por nada se aflige, que nada ocha de ménos, porque se le ha acabado el sentimiento: ha perdido enteramente el uso de la razon, le ha faltado la vida. Así es, que oprimido con un peso enorme, insupportable, con el odio y detestacion del mismo Dios, ni procura sacudirlo, ni advierte siquiera que lo lleva sobre sí. ¡El odio del mismo Dios! sí, pecador: *Odio sunt Deo impius et impietas ejus*, dice el Sabio (Sap. xiv, 9). Desde el momento desventurado en que te arrojaste al abismo de la culpa, atrajiste sobre tu pobre alma todo el furor, toda la execracion, del absoluto dueño, del árbitro soberano del universo entero; del dispensador de todos los bienes y males; de todo un Dios, á quien adoran con el más profundo respeto, cuya gloria defienden con el más ardiente celo, y cuyas injurias desean vengar con la más justa severidad los cielos y la tierra, los brutos y las piedras, las plantas y los elementos... ¿Cómo es, insensible pecador, cómo es que no te asustan y aterran tantos y tan poderosos enemigos? Abre siquiera los ojos del cuerpo, reflexiona un momento: mira con seriedad tu ignorancia, tu debilidad, tu miseria; mira el fiero despotismo de las pasiones; mira el trabajo, el hambre, la sed, el dolor, la enfermedad, la muerte; mira los incendios, los terremotos, la esterilidad, la peste, la guerra; mira esas furiosas tempestades que despiden con tanta frecuencia los rayos de la divina venganza; mira esas terribles inundaciones que haciendo salir de madre los más caudalosos rios, se absorben en pocos momentos poblaciones enteras con todos sus habitantes; mira por último el violento fuego de un infierno aterrador que abrasa sin consumir tantos millones de almas; mira, y no dudes que todo, todo es efecto de un solo pecado, pero de un pecado que ya se nos ha perdonado por la misericordia del Señor.

Todas las criaturas animadas de un ardiente celo por la gloria de su Criador omnipotente, y deseando vengar la injuria que se le ha irrogado por el hombre, se declaran enemigos implacables de este monstruo de ingratitud; le aborrecen, le persiguen de muerte; y el hombre insensato, sin advertir que va marcado con el sello ignominioso, cuya vista escita contra sí el furor de toda la naturaleza; este miserable ¿vive sin recelo, en la más deplorable confianza, en la más pernicioso seguridad? este ser incomprendible ¿se atreve á fijar sus piés en la tierra, sin temer que la tierra se abra, le devore, le sepulte para siempre? ¿se atreve á tomar el alimento, á beber una sola gota de agua, sin que le ocurra que puede esconderse en ella el más activo veneno, que en un momento y de un modo desastroso haga terminar su existencia? ¿se entrega descuidado al sueño, sin ocurrirle que

acaso no despertará ya jamás? ¡Qué es esto! ¡puede ignorar acaso el pecador, que desde el momento en que tuvo la desgracia de cometer el pecado, lleva escrita en su frente con caracteres indelebiles la sentencia de su eterna condenacion? A no verse con tanta frecuencia, ¿seria creíble, podría imaginarse una insensatez tan asombrosa, una ceguedad tan funesta? Solo el pecado, solo una injuria infinita hecha contra una majestad infinita pudiera cegar en tales términos el entendimiento y debilitar hasta el extremo la resplandeciente antorcha de la fe en el corazon del hombre; ¡ay! casi está amortiguada.

2. El difunto Lázaro no podia ver una siquiera de cuantas diligencias se practicaron para volverle á la vida. Si los innumerables rayos del Sol se hubieran reunido en el estrecho recinto de su sepulcro, aún no hubieran llegado á percibir sus ojos la más mínima claridad; si la música más sonora y armoniosa, ó el horrible estruendo de una numerosa artillería hubiera estallado de improviso á sus mismos oídos, no hubieran podido percibir el más débil sonido; así el pecador, privado por la culpa de la preciosa vida de la gracia, queda completamente destituido del uso de los sentidos, de la razon, de todas las operaciones vitales. El miserable, para colmo de su desgracia, vive en una ilusion, en un engaño funesto: conserva la vida natural; conserva el ejercicio de sus sentidos corporales y aún el uso de la razon para los negocios terrenos: percibe los objetos materiales con la misma claridad, con tanta perfeccion como los percibia en el estado de la gracia. Tal vez considera, discurre acerca de los bienes espirituales y eternos, y no cree por tanto que le ha faltado la razon, el movimiento, el sentido, la vida en el órden sobrenatural. Todo absolutamente le falta, y nada echa de ménos: ¡funesto, lamentable engaño!

Si Lázaro, si cualquiera de los demás difuntos fueran dueños en el instante de su fallecimiento de todas las riquezas que oculta la tierra en sus entrañas; de los palacios más magníficos que ha podido inventar el arte para halagar las pasiones; de todos los muebles, adornos y regalos á que parece estar vinculada la felicidad de los mortales; si todo esto, digo, estuviera á su disposicion, en aquellos momentos de nada les serviría. Todo, todo pereció para ellos con la muerte: ¡idea en extremo dolorosa! Observa, pecador, y verás un espantoso, pero fiel retrato de tu situacion desventurada. Todas las virtudes, todos los méritos adquiridos por ellas en el discurso de tu vida, todo pereció para ti con la muerte de tu alma. Despues de diez, cincuenta ó más años empleados en fervorosas oraciones, en rigorosos ayunos, en abundantes lágrimas, en la práctica de todas las virtudes, has tenido

la debilidad de sucumbir á la tentacion, en cuyo fatal momento perdiste desgraciadamente cuanto habias merecido hasta entónces; y si mueres en aquel infeliz estado, es tan segura, tan irreparable tu eterna condenacion, como si nunca hubieras hecho la más pequeña obra meritoria en la presencia de Dios. ¡Qué pérdida tan lamentable! pero no desmayes por eso, que el Dios de las misericordias te proporciona el medio de repararla. Tú no pudieras merecerlo de modo alguno, porque no conservas el menor derecho; pero un Dios amorosísimo custodia con exquisita diligencia todos tus tesoros, para devolverlos íntegros, cuando por una verdadera penitencia entres de nuevo á participar de sus bondades.

¡Oh benignidad inapreciable de nuestro Dios! venid, pecadores; corred presurosos al saludable baño de la penitencia, en que os esperan tantos bienes: no queráis exponeros al inminente peligro de llorar con una irremediable desesperacion la negligencia, la insensatez con que habeis desperdiciado la más bella ocasion, que se os presenta ahora para reparar vuestra pérdida, volver á la posesion de todos vuestros tesoros y recobrar todos los méritos que desgraciadamente habiais perdido. Venid sin la menor dilacion, que todos se os devuelven inmediatamente: acogeos al sagrado de la penitencia y conseguireis entrar de nuevo en relaciones con vuestro Dios, quien restituirá á vuestra alma la inapreciable vida de la gracia.

No quisiera que mis exhortaciones sirvieran de ocasion ó de estímulo para que los pecadores abandonaran el cuidado de su alma y se retrajeran de obrar el bien: ministro del Dios de la verdad, no puedo ménos de anunciar ésta, por más terrible que sea á los cristianos; ellos serian responsables, si interpretaban mal mis palabras. Las oraciones, los ayunos, las limosnas, todo género de buenas obras, todo esto es incapaz de merecer la gracia ni la gloria; y lo peor es, que semejantes obras no pueden resucitar por medio de la penitencia, porque jamás han gozado el beneficio de la vida: sin embargo, no por eso debéis dejar de orar, de mortificaros, de obrar bien, porque ¿quién sabe si la misericordia del Señor se inclinará hácia vosotros, viendo tan buenas disposiciones, aunque no podáis fundar en ellas derecho alguno para obligarle á que se compadezca de vuestra miseria? Si su bondad infinita llama para sí al pecador más abandonado que ni remotamente piensa convertirse, ¿cómo es posible que desprecie y abandone á los que manifiestan ciertos deseos de volver á su amistad? Sin embargo, lo cierto es que, por dilatar vuestra conversion, os priváis de los méritos que con esas buenas obras pudierais atesorar para el más terrible de los días; porque aquéllos se fundan

en la posesion de la divina gracia, de la verdadera caridad, de que el pecador carece. Por eso dice expresamente el apóstol S. Pablo (1 Cor. xiii, 2 et 5), que la fe más firme, las mortificaciones más austeras, las limosnas más abundantes, de nada sirven faltando la caridad: es decir, que por ellas no es capaz el pecador de contraer mérito alguno en la presencia de Dios.

De aquí podeis inferir que le es imposible volver por sí solo á la vida de la gracia. Para esto es indispensable reparar el honor de Dios que ha vilipendiado con la culpa, y dar á su infinita majestad una satisfaccion igual á la gravedad de la injuria que le ha irrogado. Y ¿cómo ha de serle esto posible? ¿quién es el hombre comparado con su Dios? La imaginacion se pierde al considerar esto: la distancia es inmensurable, infinita; pero ella es la regla por donde se mide la gravedad de la ofensa y la dificultad de satisfacer. Por esta razon el menor de los pecados mortales hace á Dios una injuria infinita; y el infeliz pecador se ve constituido en una verdadera imposibilidad de repararla. ¿Qué digo el pecador? todos los hombres y aún todos los ángeles juntos son incapaces de volver á Dios el honor que le quita un solo pecado.

¡Miserable pecador! ¿qué desgracia tan lamentable has llamado sobre tí! ¡Alma infeliz! alma desventurada! ya casi no me admira que el hombre, á pesar de su soberbia, envidie la suerte del irracional y haga lo posible para embrutecerse. ¡Oh pecado, triste origen de todos los males, y más horroroso que todos ellos! ¡Oh pecado! tú solo sujetas al hombre á la servidumbre más infame y cruel; tú le haces esclavo de Satanás, tú aprisionas al alma con unas cadenas tan duras, que nada será capaz de romper, aunque se reunan las fuerzas todas del mundo, porque son nada ménos que la justicia omnipotente del Señor: tú despojas de la gracia las obras del pecador, haciendo que no puedan salir del orden de la naturaleza, y de consiguiente que carezcan de toda proporcion con los bienes sobrenaturales: tú impides que sean oídas sus oraciones en el trono de las misericordias; y le pones en peligro de que se verifique en él la terrible imprecacion que fulminó el Señor por el profeta David, cuando hablando del pecador dice: *Et oratio ejus fiat in peccatum* (PSALM. CVIII, 7).

No, gran Dios, no permitais que llegue jamás el caso de que sus oraciones contribuyan á agravar su desdicha, á arraigar más y más sus vicios, y hacer del todo irreparable su infelicidad. Ya que lograis aplacar la ira de vuestro eterno Padre; ya que nos habeis sacado de la odiosa esclavitud en que vivíamos, no nos abandonéis á nosotros mismos y al furor de vuestra indignacion. En las oraciones del peca-

dor no mireis el pecado que tanto os horroriza, mirad el hombre, obra de vuestras manos; mirad su alma rescatada con vuestra sangre. Haced alarde de vuestro poder; pero sea para destruir las fuerzas del infierno y arrebatarle esa presa que mira como suya: sea para obrar en todos nosotros los admirables prodigios de vuestra misericordia.

No puedo más. Amados hermanos míos, infelices pecadores, mirad atentos el débil retrato en que acabo de presentaros vuestra desgraciada situacion. Privados de la vida más preciosa, aborrecidos de Dios, perseguidos de muerte de todas las criaturas, condenados al horroroso fuego del infierno, despojados de todos cuantos méritos habiais adquirido en el discurso de vuestra vida, absolutamente incapaces de contraer otros nuevos y de salir por vosotros mismos del profundo abismo en que os habeis sumergido; ¿no os horrorizais? ¿no teméis por vuestras almas? ¿Aún resistireis obedecer al Señor, que os llama por mis labios, para aplicar un pronto remedio á todos vuestros males? ¿Perdereis todavía esta ocasion, que su infinita misericordia os proporciona, y que tal vez será la última? ¡Ay! ¡ay, almas justas! deshacedos en lágrimas á vista de semejante desgracia. Compadeceos de estos miserables, Angeles gloriosos. Entreguémonos todos con nuestro amorosísimo Redentor al más amargo llanto, pidiendo al mismo tiempo fervorosamente al Señor por estos infelices ciegos, sordos, mudos, paralíticos, privados de la razon; más estúpidos que los jumentos; más insensibles que los pedernales; más endurecidos que los diamantes, y si así puede decirse, más criminales y dignos de castigo que los mismos demonios: pidamos al Dios de las misericordias que, los restituya á la vida, al conocimiento, al uso de sus sentidos, á su gracia y amistad, para que puedan merecer la bienaventuranza de la gloria. Amen.

PECADO MORTAL.

II.

Cum videritis abominationem desolationis, quae dicta est à Daniele propheta, stantem in loco sancto: qui legit, intelligat.

Cuando vieréis que está establecida en el lugar santo la abominacion desoladora que predijo el profeta Daniel (quien les esto, nó-telo bien).

(MATH. XXIV, 15.)

Los intérpretes de la Sagrada Escritura están divididos sobre el sentido de las palabras de nuestro texto. Algunos entendieron esta abominacion desoladora que predijo el profeta Daniel, de las insignias de la armada romana, en que estaban pintadas las imágenes de sus césares, á quienes los romanos rendian honores divinos, y que los soldados victoriosos plantaron sobre las ruinas del templo de Jerusalem. Otros la explican de aquella horrible profanacion, que en el tiempo que duró el sitio de esta ciudad, cometió la faccion de los celadores, haciendo del templo una plaza de armas, y cuyos excesos se pueden ver en la historia de los judios, escrita por Flavio Josefo (Lib. v). Otros la entienden de la estátua del emperador Tiberio, que Pilatos hizo colocar en el templo. Otros, en fin, de la estátua ecuestre de Adriano, que fué erigida en el lugar mismo del templo, que se llamaba el Santo de los santos. Ved aquí por lo que toca á la figura y al sentido literal; pero, por lo que mira á la verdad figurada, á ninguna cosa se puede aplicar más seguramente que al Antecristo, que se hará adorar en el templo de Dios, como si fuera Dios mismo (HIER. III), y á aquella apostasia que debe suceder al fin de los siglos, y que S. Pablo dá por una de las señales del juicio último, asegurando á los Tesalonicenses, que no vendrá este gran día hasta que haya sucedido la rebelion, y hasta que el hombre de pecado se haya descubierto: *Nisi venerit discessio primum, et revelatus fuerit homo peccati* (II THESS. II, 5). No es mi propósito hablarlos de esta última y

terrible rebelion, en la que hasta los escogidos serán conmovidos: os hablaré solamente de la rebelion de un cristiano contra su Dios cuando tiene la desgracia de pecar mortalmente; y digo, que la abominacion desoladora no es otra que el pecado mortal en el alma de un cristiano, que es propiamente aquel lugar santo que Dios ha santificado por la gracia del bautismo, y en el cual desea establecer su morada; y este es aquel templo del Señor que un mal cristiano profana, y que se hace la abominacion desoladora por el pecado mortal; pecado que es el principio de la corrupcion de nuestras costumbres, la causa de todos los desórdenes que presenciarnos y cuyos tristes efectos son las guerras, las pestes, las hambres, que serán tambien las últimas calamidades del mundo. Nosotros experimentamos ya estos crueles azotes de la justicia divina; porque en estos tiempos abunda la iniquidad y nunca el pecado hizo mayores estragos entre los hombres. Opongámonos á sus funestos progresos y procuremos hacerlos aborrecer y detestar. Para conseguirlo, quiero representarlo bajo dos aspectos que deben impresionarnos. Primero, como el enemigo y el homicida del hombre; segundo, como el enemigo y el sangriento homicida de Jesucristo. *El daño, que el pecado hace al hombre; la injuria que hace á Jesucristo*: esta es toda la materia de este discurso. A. M.

1. El pecado mortal es el homicida del hombre. No bien lo ha cometido el pecador cuando merece la muerte. Pero, sin hablar de la muerte del cuerpo, consideremos solamente sus efectos en órden al alma. 1.º El pecado la dá el golpe de muerte, privándola de la vida de la gracia. 2.º La despoja de la santidad y de las virtudes que habia adquirido. 3.º Quita el mérito á las buenas obras que practica. Hagamos conocer todos estos males, para que se comprenda cuanto se debe aborrecer y detestar el pecado.

¿Qué es el alma del hombre? Es un espíritu inmortal criado por Dios para estar unido al cuerpo humano. Si consideramos á esta alma en su sustancia, sabemos que es espiritual é inmortal por su naturaleza, capaz de una felicidad ó de una infelicidad eterna; pero, si la consideramos por órden á Dios en calidad de principio de gracia y de gloria, es preciso confesar que puede morir, porque como su vida consiste en la posesion de Dios, está su muerte en la privacion de Dios mismo. Dios, dice S. Agustin, es para nuestra alma lo que es nuestra alma para nuestro cuerpo; cuando nuestra alma deja nuestro cuerpo, ya no es éste sino un cuerpo muerto; del mismo modo cuando nuestra alma pierde á Dios y su gracia, ya no es ésta sino una

alma muerta. Pues ¿qué es lo que hace perder la gracia de Dios á esta alma? El pecado mortal, que es una separacion de Dios y un apego criminal á la criatura. Si, pecadores, son vuestras iniquidades, vuestros desórdenes, vuestras impurezas las que os han separado de vuestro Dios, y hecho perder la vida de la gracia. ¡Oh cielos! si fuerais capaces de asombro, ved aquí lo que debiera asombraros y estremeceiros.

¡Oh alma cristiana, criada á la imágen de Dios, y redimida con la sangre de Jesucristo su Hijo! es pues cierto que un solo pecado mortal te dá el golpe de muerte y puede hacerte infeliz por toda una eternidad; y no obstante; se cometen tantos! ¡Ah, pecador! ¿En dónde está tu fe, tu razon y tu buen sentido? ¿Andando, como andas, por los caminos de la iniquidad, llevas la muerte en tu seno y la más noble parte de tí mismo hácia el sepulcro, y no obstante ¡no lloras, no gimes y estás insensible á esta pérdida! En el órden de la naturaleza no se ven hombres muertos que se lleven á sí mismos al sepulcro; pero se ven con sobrada frecuencia en el órden de la gracia. Si, pecadores, vosotros llevais vuestra alma, que está muerta á los ojos de Dios, y que ya no tiene la vida de la gracia; ¿y adónde la llevais? Al infierno, que será su sepulcro como fué el del Rico avariento, si no os convertís. Con todo eso, no dejais de reir, divertirlos y alegraros, aunque esteis á dos dedos del precipicio: ¿qué ceguedad! No es esto todo, no solo el pecado mortal dá al alma el golpe de la muerte, tambien la despoja de todos los adornos de que Dios la habia revestido por su gracia: la priva de todos sus méritos pasados; de las virtudes que habia adquirido; del fruto de sus buenas obras; ayunos, limosnas, mortificaciones; todo esto se pierde por el pecado mortal: si legais á morir en este estado, vuestra alma no es á los ojos de Dios sino un objeto de horror y de abominacion. ¡Alma pecadora! ¿qué desolacion hay semejante á la tuya? ¿A quién te compararé yo, pobre alma, y en dónde hallaré alguna cosa que iguale á tus males? Fué sin duda, un espectáculo bien triste para los ojos de Noé, cuando habiéndose retirado las aguas del diluvio, no vió sobre la tierra sino cadáveres fétidos y medio podridos; esta, no obstante, no es sino una imágen muy imperfecta de la carnicería que el pecado mortal ha hecho en el hombre.

En fin, el alma queda por el pecado mortal reducida á tan gran pobreza, que su trabajo mismo viene á ser un trabajo inútil; atada con las cadenas del pecado, esclava del demonio y digna del mismo suplicio, no puede hacer cosa que merezca el cielo. ¿Sabeis á qué compara la Escritura el trabajo del pecador? á la tela de las arañas:

Sicut tela araneorum fiducia ejus (Job. viii, 14). Ved aquí, pecadores, vuestra ocupacion; vuestra vida no es sino un pasatiempo; contais acaso sobre algunas buenas obras en la apariencia; pero no reparais en que el pecado mortal en que estais resueltos á vivir, hace inútil todo lo que podria aprovecharos. Vuestra obra no es sino una tela de araña, que se deshará bien presto; os creéis ricos, y no veis que sois miserables, pobres, ciegos, desnudos, y que estais despojados de todo bien.

Haced, hermanos míos, un poco de reflexion sobre esta verdad. Yo deseo que haga sobre vosotros la misma impresion que hizo sobre los santos, los que no temiendo sino la muerte que el pecado dá al alma, se curaban poco de todo lo demás. Leemos en la vida de S. Juan Crisóstomo (PALLAD. IN VITA IPSIUS), que queriendo la emperatriz Eudoxia deshacerse de este santo obispo, quien habia hablado con todo el ardor de su celo contra los desórdenes de la corte, le envió algunos cortesanos para sondearle y conocer lo que más temia. Le amenazaron primero con privarle de sus bienes temporales. No podreis darme mayor gusto, respondió, que quitarme una carga tan pesada. Os desterrarán. Será necesario pues enviarme, añadió, á un lugar en donde no esté Dios. Os condenarán á una prision y á la muerte. Bien, yo estoy pronto á padecer todo esto. Decid á la emperatriz, que yo la tendré todo el respeto que la debo; pero que nunca deshonraré mi ministerio. Declaradla, que de todas las cosas del mundo, ninguna temo sino el pecado. Esos cortesanos pasmados volvieron á Eudoxia, y le dijeron: señora, en vano V. M. hace amenazas á Crisóstomo; este hombre no teme ni la pobreza, ni el destierro, ni la prision, ni la muerte; no teme sino el pecado. ¡Quiera el cielo, hermanos míos, que os suceda así á vosotros! Por funestas que sean las desgracias de la vida, no temais ninguna; no son nada en comparacion del pecado. Padres y madres, enseñad esta gran verdad á vuestros hijos. Vosotros les enseñais la ciencia del mundo; enseñadles tambien la ciencia de la salvacion, que consiste en detestar y evitar el pecado. Representadles que Dios aborrece el pecado y que no puede sufrir á los que lo cometen: *Odisti omnes, qui operantur iniquitatem* (PSALM. v, 7). Por consiguiente debemos aborrecerlo más que á la muerte, y no solo porque es homicida del hombre, sino tambien porque lo es de Jesucristo; como lo vais á ver.

2. El pecado mortal es el sangriento homicida de Jesucristo; puesto que es la causa de su muerte, que la renueva todas las veces que lo cometemos, y que la renueva con un ultraje mayor que el que padeció sobre la cruz. Que el pecado mortal sea la causa de la

muerte de Jesucristo, es una verdad tan clara en la Escritura, que ninguno de nosotros puede dudarla. Todos sabemos que no murió sino para destruir el pecado. S. Pablo nos dice expresamente, que para rescatarnos del pecado, se entregó el Hijo de Dios á la muerte por nosotros: *Dedit semetipsum pro nobis, ut nos redimeret ab omni iniquitate* (TIT. II, 14). De aquí concluyen los santos Padres y los teólogos, que según los decretos eternos de Dios y los derechos de su justicia, la muerte de Jesucristo su Hijo era necesaria para borrar el pecado y reparar la injuria que éste había hecho á Dios. Así, todos los pecados que precedieron á la pasión del Salvador, todos los que se cometen todos los días, y todos los que se cometerán hasta el fin del mundo, contribuyeron á su muerte. Cuando os presentan un crucifijo, os manifestais conmovidos; pero ¿estais bien persuadidos de que son vuestros pecados los que fueron causa de la muerte de Jesucristo y de todos sus padecimientos?

Un segundo motivo que nos debe hacer aborrecer y detestar el pecado mortal es, que todas las veces que lo cometemos, renovamos la pasión de Jesucristo y le hacemos morir espiritualmente en nuestras almas. Esta es la doctrina que nos dejó S. Pablo en su epístola á los Hebreos, en la que hablando de los cristianos que tienen la desgracia de caer en pecados mortales despues de su bautismo, dice que es difícil que se renueven por la penitencia, crucificando de nuevo á Jesucristo dentro de sí mismos y exponiéndole á todos los ultrajes de su pasión: *Rursum crucifigentes sibi metipsos Filium Dei, et ostensui habentes* (HEBR. VI, 6). Cuando, pues, pecadores, os dicen que por vuestros desórdenes, vuestras impurezas, etc., crucificais á Jesucristo en cuanto está de vuestra parte, sabed que esta no es una exageración. Aún me atrevo á adelantar, que la muerte que haceis sufrir al Hijo de Dios, le es en algún modo más sensible que la que recibió de los judíos. Y ved aquí algunas pruebas que servirán á convenceros. Primero, cuando el Hijo de Dios murió sobre el Calvario, fué por un efecto de su elección. Pero cuando tú le haces morir, pecador, Jesucristo no lo querría. ¡Cuántas inspiraciones y buenos pensamientos no te ha dado para detener tu furor y apartarte de tu mal intento! Lo segundo, cuando los judíos dieron muerte á Jesucristo fueron ejecutores de un decreto del cielo, que había determinado su muerte como un medio necesario para la redención del género humano; mas cuando tú le das muerte en tu alma, miserable pecador, ¿es este un medio de salvarte? ¿no es al contrario un delito que merece tu reprobación? Tercero, cuando los judíos dieron muerte á Jesucristo, aún era pasible y mortal, y no había venido al

mundo sino para padecer; y ahora que es impasible é inmortal, ¿por qué quieres tú, pecador, darle muerte? En fin, cuando los judíos dieron muerte á Jesucristo, no sabían lo que hacían: si le hubieran conocido como al autor de la gracia y de la gloria, nunca se hubieran atrevido á crucificarlo. Pero tú, miserable pecador, tú lo sabes, tú lo dices, tú lo crees; es este un principio de tu religión y un artículo de tu fe, y no obstante ¡tienes la osadía de ultrajarle y de crucificarlo!

Notad bien la expresión del Apóstol: *Crucifigentes sibi metipsos Filium Dei*: ella sola debe haceros comprender toda la malicia del pecador, y la injuria que hace á Jesucristo cuando peca. Si se condujese un criminal al suplicio, y si habiendo llegado al lugar destinado para morir se echase de ménos la horca, ¿qué diríais vosotros de un hombre que se ofreciera á servir de horca? No hay maldad, ni crueldad, me diríais, semejante á esta. Y yo os respondo, que esto mismo es precisamente lo que vosotros haceis, cuando ofendeis á Dios gravemente. Tomad, decís vosotros á vuestras pasiones, tomad mi cuerpo, y clavad en él á Jesucristo. ¡Cuántas veces le habeis enclavado en vuestro corazón por pensamientos criminales y descos injustos! ¡Cuántas veces le habeis enclavado en vuestros ojos por ojeadas lascivas; en vuestra lengua, por crueles murmuraciones; en vuestras manos, por torpes tocamientos, injusticias y rapiñas!

Ved aquí, hermanos míos, un pensamiento que ha convertido á muchos grandes pecadores. Y este mismo pensamiento ¿no hará alguna impresión sobre vosotros? ¡Ah! todas las veces que yo he pecado mortalmente he dado á Jesucristo una muerte más cruel y más ignominiosa que la del Calvario; yo lo crucifiqué dentro de mí, y le serví de cruz. Deteneos, mis amados oyentes, deteneos en este pensamiento; yo no dudo de que os mueva y que rompa vuestro corazón de dolor. Poned á Jesucristo crucificado de una parte y á vuestros pecados de la otra, y estando en medio de estos dos objetos, ved lo que habeis hecho. Ved, ved aquí al muerto y allí al homicida. Aquí vuestros pecados, y allí el efecto de vuestros pecados. Allí á Jesucristo, y aquí vuestros delitos. ¡Ah, Señor! yo había siempre creído que yo era la obra de vuestras manos; pero no había comprendido que vos fueseis la obra de las mías. ¡Oh Dios crucificado! ¡Oh Jesús moribundo! ¡Oh Hijo de Dios oprimido de dolores y de sufrimientos! soy pues yo quien os ha clavado en la cruz, escupido en el rostro, azotado y cargado de golpes. Vos sois, pues, el objeto de mi crueldad y la obra de mis manos parricidas y bárbaras.

Pecadores, cualesquiera que seais, pensad en esto. No hasta escu-

char estas grandes verdades, es necesario aprovecharse de ellas: saquemos, pues, algun fruto de este discurso, y acabemos con aquellas palabras que S. Pedro dijo á los judíos, cuando les predicó algun tiempo despues de la muerte de Jesucristo: *Viri israelite, audite verba hæc* (Act. II, 22). Hijos de Israel, escuchadme. Vosotros habeis oido hablar de Jesús de Nazareth, que ha hecho tantos milagros entre vosotros, y el que por la santidad de su vida y por la grandeza de sus prodigios ha hecho ver que era aprobado de Dios. Sabeis que ha sido muerto y clavado en una cruz. Pues sois vosotros mismos los que le habeis clavado: son vuestras manos, y las de los malos las que le hicieron morir. Pero sepa todo Israel, que crucificando á este Jesús habeis crucificado al Mesias, nuestro Señor y nuestro Maestro: *Certissime ergo sciat omnis domus Israel, quia, et Dominum eum, et Christum fecit Deus, hunc Jesum quem vos crucifixistis*. No bien S. Pedro acabó de decir estas palabras cuando el dolor les penetró el corazon, y mirándose los unos á los otros exclamaron: ¿Qué haremos nosotros despues de haber cometido un tan grande delito? Haced penitencia, les respondió el apóstol, ved aqui el remedio que os resta.

¿Qué dichoso seria yo, mis amados hermanos, si lo que acabo de decirlos del pecado mortal hiciera sobre vosotros la misma impresion! A excepcion de los niños, acaso no hay ninguno en este auditorio, que no haya crucificado repetidas veces á Jesucristo. Si, vosotros le habeis hecho morir, maldicientes, por la espada de vuestra lengua. Vosotros le habeis hecho morir, licenciosos é impúdicos, por la satisfaccion de vuestras torpes pasiones, etc. ¿Qué hareis para expiar un tal delito? *Quid faciemus?* Id á preguntarlo á la muerte. ¡Oh muerte! Yo he crucificado á Jesucristo mi Salvador, ¿qué es necesario que haga? Id á preguntarlo al juicio de Dios. ¡Oh juicio de Dios, en donde debo yo comparecer bien presto! ¿qué es preciso que haga yo? Id á consultar al infierno. ¡Oh infierno! ¿cuántos hay en tus abismos que pecaron ménos que yo! ¿qué debo yo hacer? Id á consultar á la eternidad; consultad á la venganza divina: preguntad á la Escritura y á los Padres. No oireis otra respuesta que la de S. Pedro: *penitentiam agite*: haced penitencia, llorad vuestros pecados, no perdoneis ni á ayunos, ni á mortificaciones, ni á limosnas: pasad una parte de la noche en oraciones; instad con lágrimas y gemidos al Salvador, que os lave de nuevo por la virtud de su sangre, á fin de que despues de haber recibido el perdon de vuestros pecados en esta vida, merezcáis recibir en la otra la recompensa prometida á los penitentes. Amen.

PECADO HABITUAL.

Erat autem quidam homo tibi, triginta et octo annos habens in infirmitate sua.

Allí estaba un hombre, que treinta y ocho años hacia que se hallaba enfermo.

(JOANN. V. 5.)

Ese enfermo representa muy bien al pecador empedernido, que envejece en su enfermedad y en su corrupcion; es la dolencia más peligrosa de los cristianos, y por consiguiente necesita tratarse con sumo cuidado. Para tratar pues una enfermedad es preciso primeramente saber sus principios y su indole; en seguida es preciso observar y descubrir sus resultados; y en fin, es preciso elegir los remedios más convenientes.

En este discurso examinaremos la indole del pecado habitual y sus fatales results, é indicaremos los remedios que han de emplearse para abandonarlo y perseverar en la gracia de Dios. A. M.

1. Propiedad es del pecado imprimir una mancha en el alma, desfigurar toda su hermosura, y borrar la imagen del Criador, que se ha representado él mismo en ella. Un pecado repetido, además de esa mancha, produce tambien en el alma una propension y una fuerte inclinacion al mal, pues entrando en el fondo de ella, destruye todas sus buenas inclinaciones y la arrastra con su propio peso á los objetos de la tierra. La Escritura se vale de tres comparaciones poderosas para expresar el peligro de esa enfermedad: *Induit maledictionem sicut vestimentum, et introivit sicut aqua in interiora ejus, et sicut oleum in ossibus ejus* (PSALM. CXVIII, 18). La maldicion está en el pecador por hábito, como el vestido, porque llena todo su exterior, todas sus acciones y palabras; su lengua no hace más que mentir; ella entra como el agua en su interior y corrompe sus pensamientos, de modo que solo quedan los de su ambicion; y en fin, penetra como el aceite en sus huesos, esto es, en lo que sostiene su alma y la dá solidez. Ese pecador sofoca todos los sentimientos de la fe, porque, en fin, todo se desvanece en el fuerte apego que tiene al pe-